



JESÚS DULCE Y HUMILDE DE CORAZON

*Discite a me quia mitis
sum et humilis corde.*

«Aprended de mí, pues
soy manso y humilde de
corazón.»

(MATTH., XI, 29.)

EN su forma eucarística, Jesús nos enseña á anonadarnos para asemejarnos á Él; la amistad requiere la igualdad de vida y de condición; para vivir de la Eucaristía, nos es indispensable anonadarnos con Jesús, que en ella se anonada. Entremos ahora en el alma de Jesús, en su sagrado Corazón, y veamos qué sentimientos le han animado y le animan aún en el Sacramento. Nosotros pertenecemos á Jesús-Hostia: ¿no se da á nosotros para absorbernos en Él? Necesitamos, pues, vivir de su espíritu, escuchar sus lecciones, porque Jesús en la Eucaristía es nuestro maestro; Él mismo desea instruirnos, para que le sirvamos según sus gustos y voluntad, cosa muy justa y puesta en razón, porque Él es Nuestro Señor, y nosotros sus servidores. Ahora bien; Jesucristo nos revela su espíritu

con aquellas palabras: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón*: y cuando los hijos de Zebedeo quieren incendiar una población rebelde al Señor á quien sirven, Jesús les dice: «Ignoráis qué espíritu os impulsa.» *Nescitis cujus spiritus estis*. El espíritu de Jesús es, pues, de *humildad* y de *mansedumbre*; humildad y mansedumbre ó dulzura de *corazón*; es decir, aquellas que se aceptan y se aman por imitar á Jesús. Nuestro Señor Jesucristo quiere formarnos en estas virtudes, y por esto se halla en el Sacramento y viene á nosotros. Quiere ser nuestro maestro, nuestro guía en estas virtudes: sólo Él puede enseñárnoslas y darnos la gracia para practicarlas.

I

La humildad de corazón, he aquí el árbol que da la flor y el fruto de la dulzura ó mansedumbre. *Discite a me, quia humilis corde*. Jesús habla de la humildad de corazón: ¿es que no poseía la humildad de espíritu? No, la humildad de espíritu negativa, aquella que se funda en el pecado y en la miseria de nuestra naturaleza corrompida, Jesús no podía tenerla; practicó, sin embargo, las obras de esta virtud para darnos ejemplo. Por esto Jesús se humilla como los pecadores, á pesar de estar libre de pecado. Él jamás hizo cosa alguna por la cual debiera sonrojarse; como decía el buen ladrón: *Hic nihil mali gessit*: «Este no hizo nada malo.» Pero nosotros, ¡ah! nosotros debemos sonrojarnos de todo; hemos cometido muchos pecados, y aún no conocemos todo el mal que hemos hecho.

Jesús no tiene la ignorancia propia de la natura-

leza caída, mientras que nosotros no sabemos casi nada, apenas si conocemos más que el mal. Viciamos la noción de la justicia y de la bondad. Jesús todo lo sabe, y es tan humilde como si todo lo ignorase: ¡treinta años pasa aprendiendo en silencio!

Se halla adornado de todos los dones naturales; sabe hacer todas las cosas á la perfección y no lo demuestra: trabaja de manera imperfecta y ruda, como los aprendices: *Nonne fabri filius?* ¿No es éste el hijo del artesano, y artesano también como su padre?

Nunca demostró Jesús que lo sabía todo; aun en sus enseñanzas confiesa muchas veces que no hace más que repetir la palabra de su Padre: se limita á cumplir su misión y lo hace en la forma más sencilla y humilde: se portó, pues, como un hombre verdaderamente humilde de espíritu. Jamás se glorificó por nada, ni pretendió nunca brillar, ni manifestar agudeza, ni aparecer más instruido que los demás: aun en el templo, cuando se hallaba en medio de los doctores, los escuchaba y les preguntaba para instruirse: *Audientem et interrogantem eos*.

Jesús dió abundantes pruebas de tener la humildad de espíritu positiva, la cual no consiste en humillarse uno de su miseria, sino en transferir á Dios toda gloria, en humillarse en la prosperidad y en el bien: Él dependía en todo de su Padre, le consultaba y obedecía en aquellos que ocupaban su lugar aquí en la tierra: cedía á su divino Padre la honra de todo bien: su humildad de espíritu es magnífica, admirable, divina: *Gloriam meam non quaero, sed ejus qui misit me*; es una humildad gloriosísima, una humildad toda amor, una humildad completamente espontánea.

Nosotros debemos tener la humildad de espíritu, porque somos ignorantes y pecadores: es un deber de justicia en nosotros. Venimos también obligados á tener esa virtud en calidad de discípulos y siervos de Jesucristo. Sin embargo, Jesucristo en su mandato, nos habla solamente de la humildad de corazón: parécele á su amor que sería humillarnos demasiado hablarnos de esta humildad de espíritu; esta humildad trae á la memoria excesivo número de miserias y pecados, títulos todos ellos para el menosprecio. El amor de Jesús echa un velo sobre este lado menos grato, y nos dice tan sólo que seamos como Él, humildes de corazón, *humiles corde*.

¿Qué cosa es, pues, ser humilde de corazón?

Es recibir de Dios con sumisión de corazón los ejercicios de humildad como un bien, como un acto que le es muy glorioso: consiste en aceptar el estado en que Dios nos ha colocado y los deberes que nos ha impuesto, cualesquiera que ellos sean, sin avergonzarnos de nuestra condición; consiste en manifestar sencillez y naturalidad en todos nuestros actos, aun en las gracias extraordinarias con que Dios nos favorezca. Pues bien; si amo á Jesús, debo asemejarme á Él; si amo á Jesús, debo amar lo que Él ama, lo que Él practica, lo que Él prefiere á todo: la humildad.

La humildad de corazón es más fácil que la humildad de espíritu, puesto que no se trata sino de un sentimiento muy estimable, muy elevado: asemejarse á Jesús, amarle, glorificarle en estas sublimes circunstancias de humildad.

¿Tenemos nosotros esta humildad de corazón, ó mejor, este amor á Jesús humillado? Tendremos tal vez aquella humildad que marcha unida con el des-

interés, la gloria, el éxito en las empresas; aquella humildad que da, se sacrifica puramente y sin motivos de humana gloria; pero no aquella humildad que desciende con Juan Bautista, quien se rebaja y oculta y tiene á gran dicha que se le abandone por Nuestro Señor; no aquella humildad de Jesús en el Sacramento, oculto, abatido y anonadado por glorificar á su Padre.

Este es el verdadero combate que debe triunfar de la naturaleza: amar la humildad de Jesús; ésta es la gloria y la victoria que debemos conseguir.

Existe la humildad en la prosperidad, en la abundancia, en el éxito, en los honores, en el poder; tal humildad debe ser muy fácil; gózase en practicar esta especie de humildad, es decir, en remitir, en referir á Dios toda nuestra gloria. Pero existe también la humildad positiva del corazón, que tiene lugar en las humillaciones exteriores é interiores cuando éstas atacan el espíritu, el corazón, el cuerpo, las obras: verdadera tempestad que parece sumergirnos en los abismos del dolor; esta es la humildad de Jesucristo y de todos los Santos; amar á Dios en tales circunstancias, darle gracias por semejante lastimoso estado, he aquí la verdadera humildad de corazón.

¿Cómo llegar á conseguirla? No mediante racionales y reflexiones, pues creeríamos tenerla porque nuestra mente formase de ella magníficas ideas ó porque tomásemos heroicas resoluciones, sin pasar adelante. Se necesita solamente revestirse del espíritu de Nuestro Señor, verle, consultarle, obrar bajo su divina influencia, en sociedad, en amor; es necesario recogernos en su divina humildad de corazón, ofrecer nuestras acciones á Jesús humillado por amor

en el Sacramento, y prefiriendo este estado oculto á toda gloria; y examinar luego si, en nuestros actos, no nos hemos desviado de esta regla. Digamos sin cesar: ¡Oh Jesús, Vos que sois tan humilde de corazón, haced el mío semejante al vuestro!

II

La humildad de corazón produce la mansedumbre, la dulzura de carácter; así que Jesús es dulce, es manso; esta virtud forma como el verdadero carácter de su vida, constituye su espíritu, su esencia.

¡Aprended de mí, pues soy dulce! No dice: Aprended de mí, pues soy penitente, pobre, sabio, silencioso, sino dulce, manso; porque el hombre caído es natural y esencialmente dado á la cólera, al odio, á la envidia, es susceptible, vengativo, homicida en su corazón, furioso en su mirada, lleno de veneno en su lengua, violento en sus miembros; la cólera es su naturaleza, porque es soberbio, ambicioso y sensual; porque en su estado caído anda entre el infortunio y la humillación: es un ser de índole áspera y dura, de carácter agrio y destemplado.

Dulzura interior.—Jesucristo es dulce y pacífico en su corazón; ama al prójimo, quiere su bien, no piensa sino en los beneficios que podrá hacerle; juzga al prójimo según su misericordia, y no según su justicia: todavía no ha llegado la hora de esta última. Jesús es como una tierna madre, es el buen Samaritano: el débil niño, el pecador, el justo, todos, todos tienen un sitio en la ternura de su corazón.

En este corazón no hay la menor indignación contra los que le desprecian, los que le injurian, los que

le quieren mal, los que le maltratan y se disponen á ofenderle; á todos los conoce, y no siente por ellos sino profunda compasión; experimenta honda pena por la desdichada condición de todos éstos: *Et videns civitatem flevit super eam.*

Jesús era dulce por naturaleza, pues era el Cordero de Dios; dulce por virtud, para glorificar á su Padre mediante tal estado de mansedumbre; dulce por la misión que recibió de su Padre: la dulzura hubo de ser el carácter del Salvador, para que pudiera atraerse á los pecadores, animarlos á venir, someterlos á sus enseñanzas y sujetarlos en la ley divina.

¡Y qué necesidad tenemos nosotros de esta dulzura de corazón! Por desgracia no poseemos esta virtud; muy al contrario, con demasiada frecuencia nos sentimos llenos de ira é indignación en nuestros pensamientos y en nuestros juicios. Juzgamos demasiado de las cosas y personas desde el punto de vista del éxito, desde nuestro punto de vista, y atropellamos á cuantos se oponen á nuestro parecer: nosotros debiéramos juzgar de todo como Nuestro Señor, ó en su santidad, ó en su misericordia: así siempre seríamos caritativos, y nuestro corazón conservaría la paz perenne y verdadera: *Jugis pax in corde humili.*

Si preveemos que se nos ha de contradecir, ¡cuántos razonamientos, cuántas justificaciones y respuestas enérgicas no bullen en nuestra imaginación! ¡Y cuán lejos está todo esto de la mansedumbre del Cordero! Quien todo esto nos sugiere es el amor propio, que no ve otra cosa que la propia persona y los propios intereses. Y si gozamos de autoridad, no vemos más que á nosotros mismos, no tenemos en cuenta sino los deberes de nuestros inferiores, las

virtudes y buenas cualidades que debían tener, el heroísmo de la obediencia, la fuerza del mandato, el deber de humillar, de quebrantar, el ejemplo que debieran dar; todo esto no vale nunca lo que un acto de dulzura, de mansedumbre. El que manda, sea el que más se humille, dice el Salvador. Nosotros no somos ni debemos ser sino discípulos del Maestro dulce y humilde de corazón. *Servus servorum Dei*, y no generales de ejército!

¿Por qué con frecuencia mostramos tanta energía contra lo que se opone á nuestras miras ó á nuestros planes? ¿Por qué esa cólera, que ciertamente no es santa, contra lo que es malo, contra los incrédulos y los impíos? ¡Ay! En el fondo es la vanidad la que tales energías nos inspira; y esta energía no es más que impaciencia y cobardía. Jesucristo compadecería á esas pobres gentes, oraría por ellas, y trataría, en sus relaciones con ellos, de honrar á su Padre por medio de la dulzura y humildad.

Además, esa expresión enérgica, picante y dura da un mal ejemplo. ¡Oh Dios mío, haced mi corazón dulce como el vuestro!

Dulzura de espíritu.— Jesús es dulce en su espíritu: Él no ve en todas las cosas sino á Dios, su Padre; en los hombres ve criaturas de Dios; es el padre que llora los extravíos de sus hijos, procurando hacerlos volver á la casa paterna; que cura sus heridas, cualquiera que sea la causa que las haya producido, y que desea restituirlos á la vida divina. Su espíritu hállase preocupado de continuo con la paternidad que le liga á sus hijos, sufriendo amarga pena por el desventurado estado en que éstos se encuentran; el bien de tales hijos es su ocupación constante, y á él se encaminan todos sus trabajos,

inspirando todos sus actos en la paz, y no en la cólera, la indignación ó la venganza. Así David lloraba por Absalón culpable, recomendando al propio tiempo que le salvaran la vida; así también María, Madre de dolor, llora por los verdugos de su Hijo, consiguiéndoles el perdón.

La caridad verdadera se alimenta, tanto en el espíritu como en el corazón, con el bien que trata de restablecer, y no buscando el mal y los medios de vengarlo; no separa jamás al hombre de su estado sobrenatural presente ó futuro; no se aísla de Dios, para no ver en el hombre un enemigo: la caridad es dulce y paciente.

Lo que hemos reconocido en nuestro corazón se halla también en nuestro espíritu y en nuestra imaginación, que promueven en nosotros tantas tempestades y ponen la espada en nuestras manos para trastornarlo todo. Necesitamos vivir prevenidos contra estos ataques; una mirada dirigida desde el primer instante hacia Jesús Sacramentado, y renacerá la calma.

III

Jesús, dulce en su corazón y en su espíritu, lo es también naturalmente en su exterior. La dulzura de Jesús es como el suave perfume de su caridad y de su santidad. Reina en todos los movimientos de su cuerpo; nada de violento en sus gestos, que son moderados y tranquilos, como la expresión de su pensamiento y de sus sentimientos llenos de dulzura; su andar es apacible y no precipitado, porque en sus movimientos todo está regulado por la sabiduría. Su

cuerpo, su porte exterior, sus vestidos, todo en Él anuncia el orden, la calma, la paz interior; es el reinado de su dulce modestia, porque la modestia es la mansedumbre del cuerpo y el signo característico de su honor.

La cabeza del Salvador presenta una actitud modesta, no orgullosa, ni altanera ni dominante, pero tampoco excesivamente humillada y tímida; en una palabra, ofrece el aspecto de la modestia sencilla y humilde.

Sus ojos no expresan ningún sentimiento de indignación ni de cólera; tienen una mirada de respeto para los superiores, de amor para su Madre y San José en Nazareth, de bondad para sus discípulos, de tierna compasión para los pecadores, y de perdón misericordioso para sus enemigos.

Su boca augusta es el trono de su dulzura: se abre con modestia y con cierta dulce gravedad. El Salvador habla poco: jamás ha salido de su boca una chocarrería, ni una palabra burlesca, ni una frase de mal gusto ó de mera curiosidad; todas sus palabras, bien así como sus pensamientos, son fruto de la sabiduría; los términos que emplea son sencillos, siempre oportunos y al alcance de aquellos que le escuchan, que son, por lo general, pobres y gentes del pueblo. Jesucristo evita en sus predicaciones toda alusión que pudiera herir personalmente; no ataca sino los vicios; no impugna sino los malos ejemplos y los escándalos; no revela los erimenes ocultos ni los defectos íntimos.

No rehuye la presencia de aquellos que le odian; no deja de cumplir ningún deber, ni de afirmar alguna verdad, por temor, por evitar una contradicción ó por agradar á cualquier personaje. No dirige re-

proches prematuros, ni formula profecías personales antes del tiempo señalado por su Padre: trata con la misma sencillez y mansedumbre á los que sabe le han de abandonar: mientras no ha llegado el momento de hablar, el porvenir es para Él como si no lo conociera.

Jesucristo dió muestras de una paciencia admirable con todas aquellas muchedumbres que le seguían; de una calma sublime en medio de todas las agitaciones, peticiones y exigencias de un populacho grosero y terrenal.

Lo que es más admirable todavía es el comportamiento tan suave, dulce y bondadoso de Nuestro Señor con algunos discípulos rudos, ignorantes, susceptibles, interesados, que se envanecían de su Maestro. Jesucristo manifiesta á todos el mismo amor; no tiene preferencias ni privanzas: ¡Jesús es todo miel, todo dulzura, todo amor!

Si comparamos nuestra vida con la de Jesucristo, ¡qué censurable no resulta la nuestra! Nuestro amor propio tiene el filo de la espada tratándose de ciertas personas cuya vida y carácter hieren con preferencia nuestro orgullo; pues esas impaciencias, esos reproches, esa conducta incisiva y mordaz, todo eso procede de un fondo de pereza que quiere desembarazarse ó librarse cuanto antes de un obstáculo, de un sacrificio, de un deber, y que hace le rehuyamos ó cumplimentemos con sobrada precipitación.

¡Ay! A decir verdad, esas actitudes hostiles, esos aspectos amenazadores, esas palabras recias suelen ser además ridículas; ¡yo espero que el divino Maestro ha de mirarnos con ojos de piedad por todas estas faltas motivadas generalmente por alguna niñería ó necedad!

Es de notar que la mansedumbre y dulzura de carácter con los grandes, ó con aquellos que pueden halagar nuestra vanidad, es una debilidad, una adulación, una cobardía, y que mostrarse fuerte con los débiles es una crueldad, y la humillación no es con frecuencia otra cosa que una venganza secreta. ¡Oh Dios mío!...

IV

El mayor triunfo de la mansedumbre de Jesús consiste en la virtud del silencio.

Jesús, que vino al mundo para regenerarle, guarda desde luego silencio en público por espacio de treinta años; sin embargo, ¡cuántos vicios había en el mundo que corregir, cuántas almas extraviadas, cuántos defectos en el culto divino, en los levitas ó encargados de este culto y en los representantes ó jefes supremos de la nación! Jesucristo no reprende á nadie; se contenta con orar, hacer penitencia, no ceder al mal y pedir perdón á Dios.

¡Qué cosas tan hermosas y útiles hubiera podido decir Jesús durante esos treinta años para enseñar y consolar! Y, sin embargo, no las dijo: se limitó á oír á los ancianos, á asistir á las instrucciones de la sinagoga, de los escribas, de los doctores de la ley, como un simple israelita de la última clase del pueblo; hubiera podido reprender, corregir, y no lo hace: ¡no era llegada la hora todavía!

¡La sabiduría increada, el Verbo de Dios, el que inspiró la palabra y alienta la verdad, se calla y honra á su Padre con su dulce y humilde silencio! Este silencio de Jesús nos dice con eloquen-

cia: ¡Aprended de mí, pues soy dulce y humilde de corazón!

¡Y cómo esta conducta de Jesús contradice y condena nuestra vida! Hablamos como insensatos, diciendo muchas veces lo que no sabemos, cortando las cuestiones dudosas y declarándolas ciertas, imponiendo á los demás nuestra manera especial de sentir y apreciar las cosas. ¡Cuántas veces decimos lo que no debíamos decir, y revelamos lo que la más rudimentaria humildad y prudencia debiera hacernos callar! Al obrar así, Jesucristo Nuestro Señor nos trata como se trata á un charlatán, á un insolente; nos deja hablar sólo para confusión nuestra; su pensamiento no está con nosotros, y su gracia no fecundiza nuestras palabras.

Este silencio que dimana de la mansedumbre de Jesús, es paciente, sufrido; escucha á los que le hablan hasta el fin, sin interrumpirles jamás, aunque sabe por adelantado lo que desean decirle; les responde Él mismo directamente; reprende, corrige con bondad, sin humillar, sin herir á nadie, como lo haría el mejor de los maestros con su joven discípulo. Oye cosas ingratas al oído, impertinentes al objeto, y siempre halla ocasión de instruir y de hacer bien.

En cuanto á nosotros, ocurre de muy distinto modo: somos impacientes por contestar á lo que hemos comprendido de antemano, y nos molesta escuchar lo que nos entretiene largo tiempo ó nos contraria. Y esta impaciencia y molestia la reflejamos en nuestro semblante y en nuestro aspecto exterior. No es éste el espíritu de Jesucristo, ni aun siquiera el de una persona bien educada, el de un gentil honrado y prudente. Hay una porción de circunstancias

en la vida en que la paciencia, la dulzura, la humildad del silencio, vienen á ser la virtud del momento, y deben ser ante Dios el fruto único de un tiempo que nosotros creemos perdido. Su gracia nos advierte de esto: escuchemos su voz, y obedezcámosle sencilla y fielmente.

¿Qué decir de la mansedumbre del silencio de Jesús en el sufrimiento?

Jesús se calla habitualmente ante el espíritu incrédulo de muchos de sus discípulos, ante el corazón inicuo é ingrato de Judas, cuyos pérfidos pensamientos é infames maquinaciones conoce en absoluto. Jesús se domina y se manifiesta sereno, tranquilo, afectuoso con todos y como si nada supiese: continúa con ellos en la intimidad y trato ordinarios, respetando el secreto que con ellos guarda su Padre. ¡Ah! ¡Qué lección contra los juicios temerarios, las sospechas, las antipatías secretas! Jesús hace pasar la ley de la caridad del deber común, antes del conocimiento que posee del secreto de los corazones, porque éste es el orden de la Providencia.

Jesús confiesa sencillamente la verdad de su misión y de su divinidad delante de los jueces; confiesa que es el Hijo de Dios, en presencia de los Pontífices; que es Rey, en la del Gobernador romano. Se calla ante el curioso é impúdico Herodes; guarda el más profundo silencio durante los improperios y sacrilegas burlas de la cohorte pretoriana; recibe sin exhalar una queja los golpes de la flagelación, el insulto del *Ecce Homo*; no apela de la sentencia de su injusta condenación; toma su cruz con amor y sube al Calvario en medio de las maldiciones, de los malos tratamientos y de los insultos

de todo el pueblo; y cuando se ha agotado la malicia de los hombres, cuando los verdugos han terminado su obra, abre la boca y dice: ¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!

¡Ah! ¿Cómo en vista de esto, nuestro corazón no será quebrantado por el arrepentimiento y confundido por el amor?

¿Y qué diremos de la mansedumbre eucarística de Jesús? ¿Cómo pintar su bondad en recibir á todo el mundo; su afabilidad en ponerse al alcance de todos, de los pequeños, de los ignorantes; su paciencia en escuchar á toda clase de gentes, en oír todo lo que se le dice, el relato de todas nuestras miserias? ¿Cómo describir su bondad en la comunión, donde Jesús se da á todos según el estado en que se hallan, y va á ellos con alegría, con tal que en ellos encuentre la vida de la gracia y algún sentimiento de devoción, algunos buenos deseos, ó por lo menos un poco de respeto, comunicando á cada uno la gracia que tolera su estado, y dejándole la paz y el amor como huellas de su paso por aquella alma?

Y en cuanto á los que le olvidan, ¡qué dulzura, qué mansedumbre tan paciente y misericordiosa! ¡Él los espera!...

Finalmente, respecto de aquellos que le desprecian, que le ofenden, Él ruega por ellos, pero no reclama, no exige, no amenaza; y á los que le ultrajan con el sacrilegio, no los castiga en el momento, sino que trata de conducirlos al arrepentimiento por los medios que le sugieren su mansedumbre y su bondad. La Eucaristía es el triunfo de la mansedumbre y de la dulzura de Jesucristo.

V

¿Cuáles son los medios de llegar á la mansedumbre de Jesucristo? Fácil cosa es ver la belleza, la bondad, aun la necesidad de una virtud como la mansedumbre; pero detenerse aquí es hacer como el enfermo que conoce su remedio, lo tiene á la mano y no lo toma; ó como el viajero que se contentase con mirar, sentado cómodamente, el camino que había de recorrer.

Pues bien; el mejor medio para llegar á la dulzura del corazón de Jesús es el amor de Nuestro Señor; el amor tiende siempre á producir la identidad de vida entre aquellos que se aman. El amor obrará por tres medios ó de tres modos.

El primero consiste en destruir el foco incandescente de la soberbia, de la impaciencia, de la violencia, por la guerra al amor propio, el cual se manifiesta por las tres concupiscencias que se disputan nuestro corazón; nos irritamos porque nuestra sensualidad, nuestro orgullo ó nuestro deseo de gloria y honras mundanas se encuentran contrariados por un obstáculo: combatir, pues, estas tres pasiones dominantes es atacar al enemigo de la mansedumbre.

En segundo lugar, hay que tener más afecto á aquella ocupación que la Providencia nos depare que á la que practicamos actualmente en un tiempo dado. Sucede que nos irritamos muchas veces porque nos hallamos distraídos de una ocupación que nos gusta más que aquella que Dios nos presenta. Entonces se dejará todo por obedecer la voluntad de Dios: todo lo que se presente que hacer, esto será lo mejor, lo más agradable á nuestros ojos.

Esta metamorfosis no puede lograrse sino por el amor á la santa voluntad de Dios en el momento que varía nuestras gracias y nuestros deberes para su gloria y nuestro mayor bien; somos entonces como el criado que abandona á un señor vulgar para ponerse al servicio del soberano en persona. ¡Cuán á propósito es este pensamiento para alentarnos y hacer que conservemos la paz y la dulzura de carácter en medio de las vicisitudes de la vida!

Pero, entre todos los medios, es el mejor tener continuamente ante los ojos el ejemplo de Nuestro Señor, lo que desea, lo que le agrada: este medio es sumamente bello, luminoso, simpático. Para ser dulces, miremos hacia el Dios eucarístico; alimentémonos con aquel divino maná que contiene todo sabor, todo deleite, y lograremos con esto abundancia de suavidad y dulzura: en la comunión hagamos provisión de mansedumbre para todo el día; tenemos tanta necesidad de ella!

Ser dulce como Jesucristo, ser dulce por amor del Salvador; he aquí el objetivo de un alma que quiere vivir el espíritu de Jesús.

¡Oh alma mía!, sé dulce, sé bondadosa y amable para con el prójimo que te trata, como lo son contigo Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen; sé dulce con Él, á fin de que el Juez divino lo sea contigo, pues se te dará en la medida que tú hayas dado. Y si piensas en tus pecados, en lo que has merecido y mereces, al ver, ¡oh pobre alma!, con qué bondad y dulzura, con qué paciencia y consideración te trata Nuestro Señor Jesucristo, no podrás menos de confundirte con el prójimo en la dulzura y humildad de corazón.

